
CONVERSACION XIX

PROSIGUE LA CONVERSACIÓN ANTECEDENTE.

Florida. A requerirte venimos con la palabra que nos tienes dada.

Augusta. Justo será, que yo la cumpla.

Leonida. No pudiéras darnos mayor gusto que éste.

Augusta. Pues, para tener paz con todo el mundo, no basta el no ofender á nadie; se necesita, además de eso, no darse tampoco por ofendidas.

Florida. Enséñanos qué es lo que se debe hacer para eso.

Augusta. Lo primero, es necesario acostumbrarse á tener un espíritu y un modo de pensar bueno, justo y recto.

Leonida. Al oírte explicar así, parece das á entender, que este espíritu bueno, justo y recto es solamente obra nuestra, ó que está en nuestra mano.

Augusta. También es obra nuestra en parte.

Florida. Y ¿por qué dices en parte?

Augusta. Porque juntamente depende de Dios.

Leonida. Explicate algo más todavía.

Augusta. De buena gana. La Divina gracia nos ayuda; pero nosotras debemos al propio tiempo cooperar ó trabajar con la gracia.

Florida. Con que un espíritu bueno, justo y recto ¿es á un mismo tiempo obra de la gracia, y obra nuestra también?

Augusta. Ya tú lo has dicho.

Leonida. Pero ¿qué trabajo es el que se debe poner de nuestra parte, para coadyuvar ó cooperar con la gracia?

Augusta. Es necesario considerar atentamente el espíritu de Dios y de los Santos; y conformar el nuestro con él.

Florida. ¿De esta suerte se podrá ir adquiriendo un espíritu bueno, justo y recto?

Augusta. Ya véis, que no es posible proponerse mejores ni más seguros modelos para el logro de este intento.

Leonida. ¿Qué ventajas se sacan de un tal espíritu?

Augusta. No tomar nunca las cosas á través, ó en sentido torcido y en mala parte.

Florida. ¿Qué quieres decir con eso?

Augusta. Lo que quiero decir es, que si una cosa tiene cien caras, se la mire siempre por aquel lado que la es más favorable.

Leonida. Y de eso ¿qué provecho se sigue?

Augusta. Muy grande; porque obrando de esta suerte, se evita el darse por ofendidas del prójimo; y siempre se mantiene la paz con él.

Florida. Pero el conducirse así, es engañarse á sí misma.

Augusta. Ese es un engaño bueno é inocente; puesto que impide el que nos demos por ofendidas, y que perdamos la paz.

Leonida. Pues el engaño ó fraude ¿no es una cosa mala?

Augusta. Sí; el que es en perjuicio del prójimo; pero no el que le hace beneficio á él, ó á nosotras mismas.

Florida. No hay resistencia á tus razones. ¿Qué más es menester para no darse por ofendidas de nadie?

Augusta. El no juzgar de ninguna persona, solamente por la relación que otra hiciere.

Leonida. Pero ¿y si estas tales relaciones se oyen á personas de acreditada virtud?

Augusta. Desengañáos, y nunca más habléis de esta manera; porque las personas que son justificadas, son incapaces de hacer semejantes relaciones y chismes: eso se queda para espíritus llenos de debilidad y ligereza, y para lenguas todavía más débiles que ellos.

Florida. Sin embargo, no dejan de encontrarse algunos.

Augusta. Sí, en opinión de vosotras; pero no en la realidad.

Leonida. Bastante dificultad nos cuesta el haber de persuadirnos á eso que afirmas ahora.

Augusta. Lo siento, pero creedme, que así es; las personas que se señalan por su rectitud, no pueden nunca sembrar cizaña: eso es una implicación.

Florida. Y bien; te permitimos que sea así; que esto sea propio de espíritus débiles y ligeros, y de lenguas aún más débiles que ellos; ¿qué se infiere de ahí?

Augusta. Que si llegáis á hacer caso de ellos; si contáis con toda seguridad sobre su testimonio, y fundáis vuestros juicios sobre sus palabras; ¿no deberéis con razón temer el pasar vosotras mismas por de un espíritu mucho más débil que el suyo?

Leonida. No; no tememos tal cosa.

Augusta. Pero ¿quién os ha dicho que estos sujetos no pueden haber visto ú oído mal?

Florida. Ellos mismos nos aseguran que lo han visto y oído bien.

Augusta. Pues á eso os digo yo, que muchas veces suelen añadir algo de suyo, y aún exagerar muchísimo.

Leonida. Difícil de creer es eso.

Augusta. Creedme; que os engañan á vosotras, además de engañarse á sí mismos.

Florida. No podemos creer una cosa como esta.

Augusta. Bien está; pero aún cuando semejantes relaciones fuésen verídicas; ¿no pudiera acontecer que lo mismo que vosotras creéis haberse dicho por odio y con mala intención, se dijese con sencillez, y con intención buena?

Leonida. Ya veo, que tú tiras á disculparles, á cualquiera costa y por todos caminos.

Augusta. No es eso; lo que sí quiero es, curaros á vosotras de una dolencia perniciosísima. Decidme, os ruego: ¿con qué semblante recibiríais estas relaciones ó chismes si recayesen sobre alguna persona que fuése

muy amiga vuestra? ¿No procuraríais excusarla todo cuanto pudiérais? ¿No interpretaríais siempre en un sentido favorable lo que de ellos dijésem? Pues ¿por qué no habéis de hacer esto mismo con aquellas otras personas á quienes miráis como enemigas vuestras?

Florida. Todas estas razones nos convencen; y es forzoso ceder á ellas.

Augusta. No hay otro medio para tener paz; y sin él, estaréis en guerra con todo el mundo.

Leonida. Con que, ello no tiene remedio; ¿es preciso creerte, y tomar desde hoy otro sesgo ó rumbo muy distinto?

Augusta. Obraréis en eso ciertamente con gran cordura; pero aún os falta otra cosa que hacer.

Florida. ¿Cuál es ella? Dí.

Augusta. Es menester también, ser indulgentes y benignas en los juicios que hiciéreis sobre vuestro propio testimonio.

Leonida. Y ¿qué quieres decir con eso?

Augusta. Muchas veces vemos ú oímos nosotras mismas lo que se hace ó dice en perjuicio nuestro; y entonces es cuando hemos de emplear toda nuestra indulgencia.

Florida. Y en esos casos ¿nos dirás que se nos engaña, ó que se equivocan en lo que nos cuentan?

Augusta. No diré tal; y aun supongo, que la cosa es tan clara, que no admite duda alguna.

Leonida. ¿Con que entonces ya nos darás amplitud para que nos encolericemos y rompamos de una vez con los tales sugetos?

Augusta. Semejante consecuencia no está bien sacada, para una persona que quiere tener paz con todo el mundo.

Florida. ¿Y por qué dices eso?

Augusta. Porque esto sería pegar fuego por todas partes.

Leonida. Pero bien ligera y apacible era menester tener la sangre, para no acalorarse en tales ocasiones.

Augusta. Téngase ó no la sangre ligera y apacible, lo que yo digo es, que en semejantes lances es necesario usar de benignidad en los juicios que se hicieren.

Florida. Y ¿qué haremos para eso? Dí, en amistad.

Augusta. Dos cosas; la 1ª pensar que las tales personas podrán tener razones para obrar de aquella suerte; la 2ª que nosotras somos demasíadamente delicadas, pues nos ofendemos de tan poca cosa.

Leonida. Es que á veces no suele ser tan poca cosa; pues llega á tocar en lo vivo.

Augusta. Sí; pero eso consiste en que tenéis demasiado amor propio, y sobrada delicadeza.

Florida. Eso es muy fácil de decir.

Augusta. Y ahora bien, decidme por vuestra vida: ¿cómo miráis vosotras lo que ofende á las demás? Por lo regular hacéis muy poco caso de ello; ¿no es así? Pues ¿por qué razón lo que ofende á otras, os parece que es nada; y lo que á vosotras os ofende, siempre es mucho? ¿Quién no vé, que el amor propio es quien abulta los objetos; y la nímia delicadeza, la que los hace tan sensibles?

Leonida. Tú nos tapas la boca de tal modo, que nada tenemos que replicar.

Augusta. Me alegro de eso: y lo que habéis de pensar en estas ocasiones, es que tal vez habréis vosotras mismas dado lugar á todo eso por vuestras imprudencias é indiscreciones; y que así, debéis culparos á vosotras mismas, no á las demás.

Florida. Estos documentos, convenimos desde luego en que son sumamente saludables.

Augusta. Yo, por lo menos, no alcanzo otros medios, que los ya explicados, para tener paz con todo el mundo, en cuanto es posible. Ponedlos, pues, por obra; y experimentaréis la verdad de cuanto os he dicho.

Leonida. A ello estamos firmemente resueltas: Dios nos asista con su gracia.

Augusta Así sea.



CONVERSACION XX

SOBRE LAS PASIONES.

Beatriz. Aprovechemos, queridas Compañeras mías, estos ratos que tenemos desocupados, entablando una conversación en que recojamos y juntemos todo cuanto puede apetecerse de útil y agradable.

Cándida. Desde luego entro yo gustosísima en ese partido; y tendré singular complacencia en oiros alternativamente, porque vuestros discursos tienen siempre para mí nuevos y maravillosos atractivos.

Faustina. Pues, sin detenernos más tiempo, sea de vuestra aprobación, si os parece, que hablemos hoy acerca de las Pasiones. Quizás yo me propositaré algún tanto en proponeros semejante asunto; aunque espero, disimuléis alguna cosa á mi buen celo.

Cándida. No por cierto, no tengas ese recelo de que te excedes: ¿no sabes que nada hay más gustoso entre amigas, que el tratarse con entera libertad y franqueza? Fuera de que, apénas se pudiera proponer otro asunto ni más útil ni más agradable.

Beatriz. Por lo que á mí toca, no puedo negar, que

BIBLIOTECA

es extremado el deseo que me asiste de oír hablar sobre esta materia; y que me he regocijado notablemente con solo oírle proponer.

Cándida. ¡Cuidado! No sea que ese regocijo se te convierta muy presto en pensar; por que tal vez, al paso que nos vamos instruyendo acerca de las pasiones, echarás de ver, que ese mismo deseo tuyo no era otra cosa que una pasión.

Faustina. Mucho me mortificaría esto, si sucediese así; pues os confieso, que á ninguna cederé en la viveza de este deseo.

Cándida. No te asustes ya, sin venir al caso, tomando al pie de la letra mis palabra: aunque es cierto, que ese deseo tuyo puede ser pasión, has de saber, que también hay pasiones buenas y virtuosas: y yo presumo, que la vuestra sea de esta especie.

Beatriz. En verdad, nos coje de improviso el oírte decir, que hay pasiones loables y virtuosas; cuando hasta ahora juzgábamos, que todas eran malas y culpables.

Cándida. Pues ya podéis con toda seguridad mudar de dictamen; por que no hay una cosa más cierta, que la que yo acabo de deciros.

Faustina. Date prisa, por Dios, á instruirnos sobre esto; y muéstranos con toda claridad, ¿qué se entiende, ó qué es pasión loable y virtuosa? Pues solamente así, podremos mudar de parecer en este punto.

Cándida. Es demasiado lo que os estimo, para que yo pudiera negaros una cosa tan justa. Una pasión es

loable, cuando lo que ella solicita es bueno y útil, y cuando lo solicita de una manera razonable y justa; según yo imagino que es el que vosotras anheléis á que yo os instruya tocante á las pasiones.

Beatriz. Y dime, por tu vida: ¿cuándo sabremos que se solicita una cosa buena, de una manera razonable y justa?

Cándida. Cuando se solicita conforme á las luces de la razón ó de la virtud, con tranquilidad y moderación; sin entregarse precisamente á los vehementes impulsos de su natural.

Faustina. Prosigue con tus instrucciones; y enséñanos, ¿qué viene á ser una pasión mala y digna de vituperio?

Cándida. Es aquella que solicita una cosa mala y perjudicial; ó, aunque sea cosa buena en sí, la solicita de una manera injusta y viciosa.

Beatriz. ¿Acaso se puede solicitar aquello, que es bueno en sí, de una manera injusta y viciosa?

Cándida. No hay cosa más común, y esto acontece, siempre que en la solicitud de una cosa buena no se guardan las debidas reglas y medidas; y cuando una se entrega ciegamente á los movimientos precipitados y violentos de su genio.

Faustina. Y ¿en qué se podrá conocer, cuando se obra por pasión?

Cándida. Para hallar respuesta á esa pregunta que me haces, no necesitas más que consultarte á tí misma; y examinar qué es lo que dentro de tí pasa: pues todo lo que es pasión agita la sangre y los espíritus vi-

tales; oprime, ó ensancha y dilata el corazón, hace que se inmude el semblante, y ofusca y turba la razón: y no hay cosa que más fácilmente se perciba y se eche de ver.

Beatriz. Lleva á bien que yo te pregunte, ¿qué remedio habrá contra todos estos desordenados movimientos?

Cándida. No hay otro que el de tener todas sus pasiones á raya y enteramente sujetas al imperio de la razón y de la virtud; y arreglar el curso y movimiento de ellas por las luces de una y otra: lo cual pide una vigilancia infatigable.

Faustina. Mientras más vas diciendo, más excitas en nosotras el deseo de oírte. ¿Gustas ahora de decirnos, cuántas son las pasiones?

Cándida. Yo siempre gusto de todo lo que á vosotras puede agradaros. Comunmente se cuentan once, que son: Amor y Odio, Deseo y Adversión ó Fuga, Gozo y Tristeza, Esperanza y desesperación, Audacia Ira y Temor; y si quisiéreis dividir las y subdividir las, hallaréis mayor número de ellas.

Beatriz. Pregunto: y de todas estas Pasiones ¿cuál es más frecuente en nosotras?

Cándida. Me tomo la libertad de responderos, que el inmoderado deseo de saber, que por otro nombre se llama curiosidad. Esta pasión es la que nos inclina y estimula á querer oírlo todo, verlo todo, y saberlo todo.

Faustina. Nosotras pensábamos, que sería más bien ó el Gozo, ó la Tristeza, ó el Amor, ó el Odio.

Cándida. Verdad es, que estas cuatro pasiones son también frecuentísimas en nosotras; pero cualquiera que lo reflexione, convendrá en que ninguna lo es tanto, como nuestra curiosidad.

Beatriz. ¿Conque te empeñas en sostener que la curiosidad es todavía más común en nosotras, que las de más pasiones?

Cándida. Sí, lo sostengo; porque las otras pasiones no duran más que por algún tiempo, ni son de todas las edades; en lugar, que la curiosidad es de todos tiempos y de todas edades.

Faustina. Mucha fuerza nos hace, ciertamente, tu modo de discurrir; pero como no deja de repugnarnos y de hallar alguna resistencia de nuestra parte, nos darías un gran gusto si quisieras fundarle un poco más.

Cándida. Me será muy fácil. ¿Por ventura ignoráis, que la curiosidad de una mujer fué la que introdujo en el mundo todos los males?

Beatriz. Hasta ahora, siempre habíamos oído decir, que fué la Gula, y no la curiosidad.

Cándida. Pues yo, con vuestro permiso, digo que fué la curiosidad, y no la Gula; porque, si bien lo miráis, Eva no tocó ni comió de la fruta vedada, más que por el deseo de hacerse semejante á Dios en luces y en conocimientos científicos: lo cual no viene á ser otra, cosa que curiosidad.

Faustina. Pero Eva no pensó que obraba siniestramente en aspirar á saber el bien y el mal, como Dios;

y creyó, que la era permitida una curiosidad de esa naturaleza.

Cándida. Tenéis razón en eso; y cabalmente es en lo que las hijas de esta desgraciada madre se parecen perfectamente á ella; porque así como ella, creen poder en todas las cosas satisfacer su curiosidad, sin incurrir por eso en culpa alguna.

Beatriz. Quien te oiga explicar de ese modo, juzgará inmediatamente que se comete una infinidad de pecados á causa de la curiosidad.

Cándida. Y así es: se cometen aun mucho más de lo que se pudiera decir; y la mayor lástima es que nunca suele haber enmienda de ellos, porque nunca se para la atención en tal cosa.

Faustina. Pero ¿en qué, díme, se peca más considerablemente por razón de la curiosidad?

Cándida. Cuando ésta se extiende hasta querer entremeterse en los negocios de Familias; en averiguar los secretos de las conciencias, y aun en las agenas confianzas.

Beatriz. ¿Qué otro mal notable causa la curiosidad.

Cándida. El de que, después de haber importunado y atormentado á otros, para sacar, como por fuerza, lo que debiera estar sepultado en un perpetuo silencio; se tenga la ligereza de publicarlo indiscretamente.

Faustina. Semejantes personas ¿no serán reas delante de Dios, más que del pecado de curiosidad?

Cándida. No es posible contar los pecados de que se hacen culpables en la Divina Presencia; porque no tienen número, y casi, son irremediables.

Beatriz. Por tanto, nosotras no omitiremos cosa alguna, para poner remedio á ellos.

Cándida. Como así lo ejecutéis, seréis ciertamente muy dignas de alabanza.

Faustina. Bien puedes contar conque ésta es nuestra resolución; y que lo es de las más sinceras.

